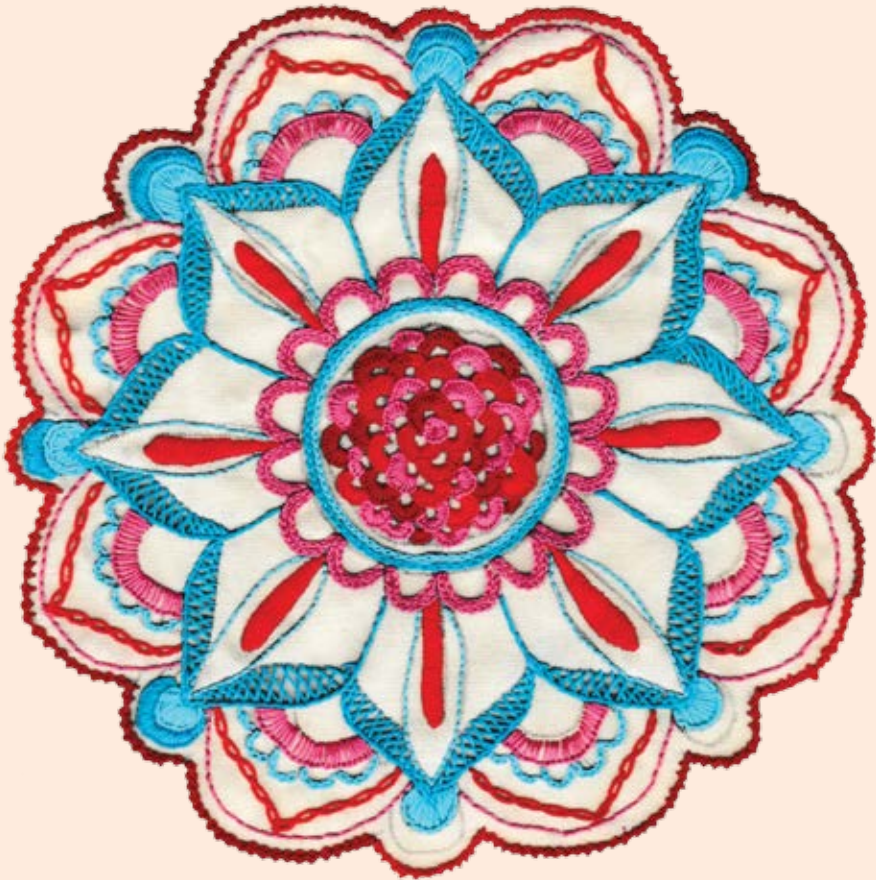


Sangre de mi sangre



América Larraín Gonzáles

“De cualquier forma, el tejido, el bordado y la costura no han sido actividades ajenas a mi vida”.

Me reencontré con el bordado en Medellín hace un poco más de un año. Digo que me reencontré porque de niña, alguna vez en el colegio, tuve la oportunidad de aprender puntadas básicas para un regalo del día de la madre. De cualquier forma, el tejido, el bordado y la costura no han sido actividades ajenas a mi vida. Mi abuela materna fue costurera y siempre manifestaba con orgullo que gracias al dinero que ganaba con esta labor, había logrado dar estudio a sus cuatro hijas mujeres, pues mi abuelo consideraba que ellas no debían estudiar y solo aportaba para sus cuatro hijos varones. A mi abuela paterna la recuerdo tejiendo en dos agujas. De pequeña me hacía gorros y sacos coloridos de lana que picaban mucho –no me gustaba usarlos–.

Más adelante, de adulta, en una temporada que pasé en Chile con mi familia paterna, aprendí a tejer en dos agujas con la hermana de mi madrina y aprendí crochet con una gran amiga de la familia. Cuando regresé a Colombia le enseñé a mi hermana lo que había aprendido y “la aprendiz superó a la maestra”. En pocos días había desarrollado su propia técnica, aprendió trucos con otras mujeres de la familia y rápidamente estaba creando zapatitos, bolsos, chalecos, etc.

Años después, conversando con una vecina en Medellín, supe que ella coordinaba un grupo de costura para adultas

mayores y como le manifesté que me encantaba ese trabajo me invitó. Comencé a participar como aprendiz de bordado tradicional tres horas una vez por semana, en el salón social de un edificio del barrio. Mi profesora orienta un grupo más o menos estable de 20 mujeres mayores de 60 años. Soy la menor del grupo, tengo 37.

Estas mujeres se juntan todas las semanas para trabajar en sus “proyectos”: bordados para cojines, pies de cama, adornos navideños, caminos de mesa etc. En las sesiones, la profesora nos enseña puntadas nuevas y nos recuerda las puntadas más indicadas para cada figura, también nos señala las mezclas de colores que le parecen funcionar mejor. Cada temporada los proyectos van cambiando: cojines de mandalas y elefantes; pies de cama de pájaros y flores; cuadros de pesebres, etc. Pero los temas no son compulsivos, cada una puede ir a su ritmo haciendo lo que prefiera. – He notado que muchas veces algunas van solo para conversar y durante las tres horas, ni siquiera sacan su bordado-. Estas mujeres se encuentran principalmente para compartir, para acompañarse, para reír un rato.

En este tiempo, ha sido muy evidente para mí cómo la práctica de la costura nos une desde el ser mujeres, a pesar de la diferencia de edad y de las experiencias vi-



"Minecraft"

*...“mi arte, mi creación,
mi artesanía”*

*“Al pasar la aguja por el
entramado diminuto de la
tela mientras las escucho,
he tenido ‘epifanías’...”*

tales que cada una de nosotras tiene. No pretendo teorizar al respecto aquí, solo quiero señalar que la experiencia sensible del hilo entre los dedos, el intercambio de palabras, galletas, tinto y dulces, me ha revelado un espacio de complicidad y confidencialidad muy fuertes. He escuchado todo tipo de conversaciones: chistes picantes, confesiones, chismes, infidencias. Al pasar la aguja por el entramado diminuto de la tela mientras las escucho, he tenido “epifanías”, revelaciones espirituales. Ese saber consignado en mi cuerpo, no es solo mío, viene de antes, está aquí y viaja al mañana.

Durante los últimos meses no pude asistir asiduamente a las clases por motivos laborales, seguí trabajando en mi casa en intervalos cada vez más distantes. Mi hijo mayor, que ahora tiene 8 años se interesó por el bordado, me pidió un tambor y él mismo dibujó e hizo su “proyecto”: un personaje del videojuego *minecraft* –que coincidencia–, traducido libremente sería algo así como: “mi arte, mi creación, mi artesanía”.

Me siento profundamente conmovida por lo que el reencuentro con el bordado ha propiciado en mi vida: una suerte de conciencia sobre la costura y el tejido de mis abuelas, sobre el saber transmitido y aprendido de otras mujeres en mi vida, sobre cómo las formas de (todo) lo que hago delinean también nuevos contor-

nos. Mi hijo, un pequeño hombre, adora bordar y a veces se sienta a mi lado para hacerlo. Cuando estuvo su abuela paterna –mi suegra- visitándonos, él se sentó a enseñarle las puntadas que había aprendido conmigo, pues ella no sabía bordar. Para mi esta imagen es potente, la abrazo con gran cariño. Estamos literalmente aprendiendo juntos otras formas.

Titulé esta mandala “sangre de mi sangre”, es un trabajo en curso. Cuando inicié el centro con la sugerencia de colores de mi profesora, percibí que las formas parecían pequeños glóbulos rojos aglomerados en un núcleo. Pensé en un óvulo fecundo formando un nuevo ser a partir de la información de seres anteriores, otras mujeres, su sangre, sus úteros, sus vulvas. Soy yo, ellas, mis hijos.

América Larraín Gonzáles

Antropóloga, Mamá y Profesora. Adquirí los títulos en ese orden. Trabajo en la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Me interesan los temas ligados al arte, la cultura, el patrimonio y la política.